

siste en una fantástica mezcla de teología, de citas de autores clásicos y de observaciones astronómicas. Paso en silencio las cartas familiares escritas por el Almirante (de las cuales se han conservado 22); en una de ellas (en la dirigida al comendador Ovando en marzo de 1504) se pinta Colon con franqueza: *Yo no soy lisonjero en fabla, antes soy tenido por áspero.* HUMBOLDT.

El P. Claudio Clemente (*Tablas cronológicas de los descubrimientos*, Valencia, 1689. Dec. 4) inserta una oración que se dice fué compuesta por Colon cuando desembarcó en Guanahani. Termina con estas palabras: *Ut sacrum nomen Dei cognoscatur et prædicetur in hac altera mundi parte.* Cortés, Balboa y Pizarro se sirvieron de ella oficialmente, de orden de sus soberanos, al tomar posesión de las nuevas tierras; pero la expresión *otro mundo*, me parece que demuestra que esta oración no es del año 1492.

(I) pag. 706.

#### Las Casas y los Indios.

Tengo á la vista una porción de escritos publicados en aquel tiempo en defensa de los Americanos, y principalmente los de Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapa. El principal es la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, en la que designa país por país las crueldades de aquellos asesinos que se llamaron conquistadores. Como sucede siempre en estas cuestiones, exagera la bondad de los naturales y la crueldad de los Españoles; pero aun quitando mucha parte, queda lo suficiente, y aun demasiado, para conocer los estragos que allí hicieron. Escogerémos solo algunas de aquella larga monotonía de crueldades.

Después de describir la suave condición de los Indios, y vivo deseo de aprender las cosas de la fe, añade:

En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor, é Criador así dotadas, entraron los Españoles desde luego que las conocieron como lobos, é tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años á esta parte hasta hoy, é hoy en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, afillallas, atormentallas, y destrullas por las entrañas, y nuevas é varias, é nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad: de las cuales algunas pocas abajo se dirán, con tanto grado: Que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay oy de los naturales de ella doscientas personas. La isla de Cuba es cuasi tan luenga como desde Valladolid á Roma, está oy cuasi toda despoblada. La isla de San Juan, é la de Jamaica, islas muy grandes, é muy felices, é graciosas: ambas estan asoladas. Las islas de los Lucayos que estan comarcanas á la Española, é á Cuba por la parte del Norte, que son mas de sesenta con las que llamaban de Gigantes, é otras islas grandes, é chicas, é que la peor de ellas es mas fértil, é graciosas que la huerta del Rey de Sevilla, é la mas sana tierra del mundo: en las cuales habia mas de quinientas mil ánimas: no hay oy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas, é por traellas á la isla Española, después que vian que se les acababan los naturales de ella. Andando un navio tres años á rebuscar por ellas la gente que habia, después de haber sido vendimiadas; porque un buen cristiano se movió por piedad para los que se hallasen convertillos, é ganallos á Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Otras mas de treinta islas que estan en comarca de la isla de S. Juan, por la mesma causa estan despobladas, é perdidas. Serán todas estas islas de tierra mas de dos mil leguas, que todas estan despobladas, é desiertas de gente.

De la gran tierra firme somos ciertos que nuestros Españoles por sus crueldades, y nefandas obras, han despoblado, y asolado, y que estan oy desiertas, estando llenas de hombres racionales mas de diez Reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y mas tierra que hay de Sevilla á Jerusalem dos veces, que son mas de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera, que son muertas en los dichos cuarenta años por las dichas tiranías, é infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, mas de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños, y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son mas de quince cuentos.

En la isla Española, que fué la primera como dijimos donde entraron cristianos, é comenzaron los grandes estragos, é perdiciones destas gentes, é que primero destruyeron, y despoblaron: comenzando los cristianos á tomar las mujeres é hijos á los indios para servirse, é para usar mal de ellos: é comerles sus comidas que de sus sudores, é trabajos salian, no contentándose con lo que los indios les daban de su grado, conforme á la facultad que cada uno tenia, que siempre es poca: por que no suelen tener mas de lo que ordinariamente han menester, é hacen con poco trabajo é lo que basta para tres casas de á diez personas cada una para un mes; como un cristiano, é destruye en un día: é otras muchas fuerzas, é violencias, é vejaciones que les hacian: comenzaron á entender los indios que aquellos hombres no debian de haber venido del cielo. Y algunos escondian sus comidas, otros sus mujeres é hijos: otros huíanse á los montes por apartarse de gente de tan dura y terrible conversacion. Los cristianos dábanles de ho-fetadas, é puñadas, y de palos hasta poner las manos en los señores de los pueblos. É llegó esto á tanta temeridad y desvergüenza, que al mayor Rey señor de toda la Isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia mujer. De aquí comenzaron los indios á buscar maneras para echar los cristianos de sus tierras: pusieronse en armas, que son arto flacas, é de poca ofension é resistencia, y ménos defensa (por lo cual todas sus guerras son poco mas que acá juegos de cañas, é aun de niños); los cristianos con sus caballos, y espadas é lanzas comienzan á hacer matanzas, é crueldades estrañas en ellos. Entraban en los pueblos ni dejaban niños, ni viejos, ni mujeres preñadas, ni paridas, que no desbarrigaban, é hacian pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacian apuestas sobre quién de una cuchillada abria el hombre por medio ó le cortaba la cabeza de un piquete, ó le descubria las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, é daban de cabeza con ellos en las peñas. Otros daban con ellos en rios por las espaldas riendo, é burlando, é cayendo en el agua decian: Bullis cuerpo de tal. Otras criaturas metian á espada con las madres juntamente, é todos cuantos delante de sí hallaban. Hacian unas horcas largas, que juntasen casi los pies á la tierra, é de trece en trece á honor, y reverencia de nuestro Redentor, é de los doce Apóstoles, poniéndoles leña, é fuego los quemaban vivos. Otros ataban ó liaban todo el cuerpo de paja seca, pegándoles fuego allí los quemaban. Otros, y todos los que querian tomar á vida, cortábanles ambas manos, y dellas llevaban colgando, y decíanles, andad con cartas (conviene á saber), lleva las nuevas á las gentes que estaban huidas por los montes. Comunemente mataban á los señores, y nobles desta manera; que hacian unas parrillas de varas sobre horquetas, y atábanlos en ellas, y poníanles por debajo fuego mapso, para que poco á poco dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados se les salian las ánimas.

Una vez vide que teniendo en las parrillas quemándose cuatro ó cinco principales y señores (y aun

pienso que habia dos, ó tres pares de parrillas donde quemaban otros), y porque daban muy grandes gritos, y daban pena al capitán, ó le impedian el sueño, mandó que los ahogasen: y el alguacil que era peor que verdugo que los quemaba (y sé como se llamaba, y aun sus parientes conocí en Sevilla), no quiso ahogarlos: ántes los metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizóles el fuego hasta que se asaron de espacio como él queria. Yo vide todas las cosas arriba dichas, y muchas otras infinitas. Y porque toda la gente que huir podia se encerraba en los montes, y subia á las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad, y tan feroces bestias, estirpadores y capitales enemigos del linage humano, enseñaron y amaestraron lebreles perros bravísimos, que en viendo un indio lo hacian pedazos en un credo: y mejor arremetian á él y lo comian, que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías. Y porque algunas veces, raras, y pocas mataban los indios algunos cristianos, con justa razon y santa justicia, hicieron ley entre sí que por un cristiano que los indios matasen, habian los cristianos de matar cien indios.

Habia en esta isla Española cinco reinos muy grandes principales, y cinco reyes muy poderosos, á los cuales cuasi obedecian todos los otros señores que eran sin número: puesto que algunos señores de algunas apartadas provincias no reconocian superior dellos alguna. El un reino se llamaba Magua, la última silaba aguda, que quiere decir el Reino de la Vega. Esta vega es de las mas insignes, y admirables cosas de mundo; porque dura ochenta leguas de la mar del Sur á la del Norte. Tiene de ancho cinco leguas, y ocho hasta diez, y sierras altísimas de una parte y de otra. Entran en ella sobre treinta mil rios y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro y Duero y Guadalquivir. Y todos los rios que vienen de la una sierra que está al Poniente, que son los veinte, y veinticinco mil, son riquísimos de oro. En la cual sierra, ó sierras se contiene la provincia de Cibao, donde se dicen las minas de Cibao, de donde sale aquel señalado, y subido en quilates oro que por acá tiene gran fama. El rey, y señor de este Reino se llamaba Guarionex: tenia señores tan grandes por vasallos, que juntaba uno de ellos 16,000 hombres de pelea para servir á Guarionex, é yo conocí algunos dellos. Este Rey Guarionex era muy obediente y virtuoso, y naturalmente pacífico y devoto á los Reyes de Castilla, y dió ciertos años su gente por mandado cada persona que tenia casa, lo hueco de un cascabel lleno de oro, y después no pudiendo henchirlo se lo cortaron por medio, é dió llena aquella mitad; porque los indios de aquella isla tenian muy poca, ó ninguna industria de coger, ó sacar el oro de las minas. Decia, y ofrecíase este Cacique á servir al Rey de Castilla, con hacer una labranza que llegase desde la Isabela, que fué la primera poblacion de los cristianos, hasta la ciudad de Santo Domingo, que son grandes cincuenta leguas, porque no le pidiesen oro; porque decia, y con verdad, que no lo sabian coger sus vasallos. La labranza que decia que haria, se yo la podia hacer y con grande alegría; y que valiera mas al Rey cada año de tres cuentos de castellanos, y aun fuera tal, que causara esta labranza haber en la isla oy mas de cincuenta ciudades tan grandes como Sevilla.

El pago que dieron á este rey, y señor tan bueno y tan grande, fué deshonra'lo por la mujer, violándosela un capitán mal cristiano: é que pudiera aguardar tiempo, y juntar de su gente para vengarse, acordó de irse y esconderse sola su persona y morir desterrado de su reino y Estado á una provincia, que se decia de los Ciguayos, donde era un gran Señor su vasallo. Desde que le hallaron ménos los Cristianos, no se les pudo encubrir: van y hacen guerra al señor que lo tenia. Donde hicieron grandes matanzas, hasta

que en fin lo hubieron de hallar, y prender y preso con cadenas y grillos lo metieron en una nao para traerlo á Castilla. La cual se perdió en la mar y con él se ahogaron muchos cristianos, y gran cantidad: entre lo cual pereció el grano grande, que era como una hogaza, y pesaba 3,600 castellanos, por hacer Dios venganza de tan grandes injusticias.

El otro Reino se decia del Marien, donde agora es el Puerto Real, al cabo de la Vega hácia el Norte, y mas grande que el Reino de Portugal, aunque cierto harto mas felice y digno de ser poblado, y de muchas y grandes sierras y minas de oro y cobre muy rico, cuyo Rey se llamaba Guacanajari, última aguda, debajo del cual habia muchos y muy grandes señores, de los cuales yo vide y conocí muchos; y á la tierra de este fué primero á parar el almirante viejo que descubrió las Indias. Al cual recibió la primera vez el dicho Guacanajari cuando descubrió la Isla, con tanta humanidad y caridad y á todos los cristianos que con él iban; y les hizo tan suave y gracioso recibimiento, y socorro y habiamiento (perdiéndosele allí aun la nao en que iba el Almirante), que en su misma patria y de sus mismos padres no lo pudiera recibir mejor. Esto se por relacion y palabras del mismo Almirante. Este Rey murió huyendo de las matanzas y crueldades de los cristianos, destruido y privado de su Estado, por los montes perdido. Todos los otros señores súbditos suyos murieron en la tiranía y servidumbre que abajo será dicha.

El tercero Reino y señorío fué la Maguana, tierra tambien admirable, sanísima y fertilísima, donde agora se hace la mejor azúcar de aquella isla. El Rey del se llamó Caonabo: este en esfuerzo, y estado y gravedad y cerimonias de su servicio, escedió á todos los otros. Á este prendieron con una gran sutileza y maldad, estando seguro en su casa. Metieronlo después en un navio para traello á Castilla, y estando en el puerto seis navios para se partir, quiso Dios mostrar ser aquella con las otras grande iniquidad é injusticia, y envió aquella noche una tormenta que hundió todos los navios, y ahogo todos los cristianos que en ellos estaban, donde murió el dicho Caonabo cargado de cadenas y grillos. Tenia este señor tres ó cuatro hermanos muy varoniles y esforzados como él: vista la prision tan injusta de su hermano y señor, y las destrucciones y matanzas que los cristianos en los otros Reinos hacian, especialmente desde supieron que el Rey su hermano era muerto, purieronse en armas para ir á cometer y vengarse de los cristianos: van los cristianos á ellos con ciertos de á caballo (que es la mas pernicioso arma que puede ser para entre indios) y hacen tantos estragos y matanzas, que asolaron y despoblaron la mitad de todo aquel Reino.

El cuarto Reino es que se llamó de Xaragua; este era como el moello, ó médula, ó como la corte de toda aquella Isla, escedia en la lengua, y habla ser mas polida; en la policía y crianza mas ordenada y compuesta, en la muchedumbre de la nobleza y generosidad, porque habia muchos y en gran cantidad señores y nobles; y en la lindeza y hermosura de toda la gente á todos los otros. El Rey y señor del se llamaba Bohechio; tenia una hermana que se llamaba Anacaona. Aquí llegó una vez el gobernador que gobernaba esta isla con sesenta de á caballo, y mas trescientos peones, que los de á caballo solos bastaban para asolar á toda la Isla, é la tierra firme: é llegáronse mas de trescientos señores á su llamado seguros, de los cuales hizo meter dentro de una casa de paja muy grande los mas señores por engaño, é metidos los mandó poner fuego, y los quemaron vivos. Á todos los otros alancearon, é metieron á espada con infinita gente: é á la Señora Anacaona por hacella honra ahorcaron. Y acacia algunos cristianos, ó por piedad, ó por codicia tomar algunos niños para amparallos no les matasen, é poníanlos á las ancas de los caballos; venia otro Español por detras é pasá-

halo con su lanza. Otro si estaba el niño en el suelo la cortaban las piernas con la espada. Alguna gente que pudo huir de esta tan inhumana crueldad, pasaronse á una isla pequeña, que está cerca de allí ocho leguas en la mar; y el dicho gobernador condenó á todos estos que allí se pasaron, que fuesen esclavos porque huyeron de la carnicería.

El quinto Reino se llamaba Higüey, é señoreábalo una Reina vieja, que se llamó Higuanama. Á esta aborcaron é fueron infinitas las gentes que yo víde quemar vivas y despedazar, é atormentar por diversas y nuevas maneras de muertes é tormentos, é hacer esclavos todos los que ha vida tomaron. Y por tantas que son las particularidades que en estas matanzas, é perdiciones de aquellas gentes ha habido, que en mucha escritura no podrian caber (porque en verdad que creo que por mucho que digese no pueda explicar de mil partes una), solo quiero en lo de las guerras susodichas concluir con decir é afirmar, que en Dios, y en mi conciencia, que tengo por cierto que para hacer todas las injusticias y maldades dichas, é las otras que dejó é podría decir, no dieron mas causa los indios, ni tuvieron mas culpa que podrian dar, ó tener un convento de buenos, é concertados religiosos, para roballos é matallos; y los que de la muerte quedaron vivos ponerlos en perpétuo cantiverio é servidumbre de esclavos. Y mas afirmo que hasta que todas las muchedumbres de gentes de aquella isla fueron muertas é asoladas, que pueda yo creer y congeturar, no cometieron contra los cristianos un solo pecado mortal que fuese punible por hombres y los que solamente son reservados á Dios, como son los deseos de venganza, odio y rencor, que podian tener aquellas gentes contra tan capitales enemigos, como les fueron los cristianos; estos creo que cayeron en muy pocas personas de los indios, y eran un poco mas impetuosos é rigurosos, por la mucha experiencia que dellos tengo. Que de niños, ó muchachos de diez ó doce años. Y si por cierta é infalible ciencia que los indios tuvieron siempre justísima guerra contra los cristianos; é los cristianos una ni ninguna nunca tuvieron justa contra los indios: ántes fueron todas diabólicas, é injustísimas, é mucho mas que de ningún tirano se puede decir del mundo: é lo mismo afirmo de cuantas han hecho en todas las Indias.

Después de acabadas las guerras é muertes en ellas, todos los hombres, quedando comunmente los mancebos, é mujeres y niños, repartiéronlos entre sí dando á uno treinta, á otro cuarenta, á otro ciento, y doscientos (según la gracia que cada uno alcanzaba con el tirano mayor que decían Gobernador); y así repartidos á cada cristiano, dábanseles con esta color: que los enseñase en las cosas de la Fé Católica, siendo comunmente todos ellos idiotas, y hombres crueles avarisimos, é viciosos, haciéndolos curas de ánimas. Y la cura ó cuidado que de ellos tuvieron, fué enviar los hombres á las minas á sacar oro, que es trabajo intolerable: é las mujeres ponian en las estancias, que son granjas, á cavar las labranzas, y cultivar la tierra; trabajo para hombres muy fuertes y recios. No daban á los unos ni á las otras de comer sino yerbas y cosas que no tenían sustancia; secábaseles la leche de las tetas á las mujeres paridas, y así murieron en breve todas las criaturas. Y por estar los maridos apartados, que nunca vían las mujeres, cesó entre ellos la generacion: murieron ellos en las minas de trabajos y hambre, y ellas en las estancias, ó granjas de lo mismo é así se acabaron tantas é tales multitudines de gentes de aquella isla, y así se pudiera haber acabado todas las del mundo. Decir las cargas que les echaban de tres y cuatro arrobas, é los llevaban ciento y doscientas leguas. Y los mismos cristianos se hacian llevar en hamacas que son como redes, acuestas de los indios; porque siempre usaron dellos como bestias para carga. Tenian mataduras en los hombros, y espaldas de las

cargas como muy matadas bestias. Decir así mismo los azotes, palos, bofetadas, puñadas, maldiciones é otros mil géneros de tormentos que en los trabajos les daban: en verdad que en mucho tiempo ni papel no se pudiese decir, é que fuese para espantar los hombres.

Y es de notar que la perdición destas islas é tierras, se comenzaron á perder y destruir desde que allá se supo la muerte de la serenísima Reina Doña Isabel, que fué el año de mil é quinientos é cuatro: porque hasta entónces solo en esta isla se habian destruido algunas provincias por guerras injustas pero no del todo. Y estas por la mayor parte, y cuasi todas se le encubrieron á la Reina. Porque la Reina, que Santa Gloria, tenia grandísimo cuidado é admirable celo á la salvacion y prosperidad de aquellas gentes, como sabemos los que lo oimos, y palpamos con nuestros ojos, é manos los ejemplos desto.

Débase notar otra regla en esto, que en todas las partes de las Indias donde ban ido y pasado cristianos, siempre hicieron en los indios todas las crueldades, é matanzas é tiranías y opresiones abominables en aquellas inocentes gentes, é añadian muchas mas é mayores y mas nuevas maneras de tormentos, é mas crueles siempre fueron; porque los dejaba Dios mas de golpe caer y derrocar en reprobado juicio, ó sentimiento....

Esta es la historia de todas las demas islas, de modo que el referirla se reduce á una serie monótona de crueldades. Por ejemplo en Cuba donde habia un Cacique é señor muy principal, que por nombre tenia Hatuey, que se habia pasado de la Isla Española á Cuba con mucha de su gente por huir de las calamidades é inhumanas obras de los Cristianos; y estando en aquella isla de Cuba, y dándole nuevas ciertas indios, que pasaban á ella los Cristianos, ayuntó mucha ó toda su gente é dijoles: ya sabéis como se dice que los cristianos pasan acá, é tenéis experiencia que les han parado á los señores fulano, y fulano, y fué-lano: é aquellas gentes de Haití (que es la Española) lo mismo vienen á hacer acá: ¿sabéis quizá por qué lo hacen? digeron no, sino porque son de su natura crueles, é malos. Dice él, no lo hacen por solo eso; sino porque tienen un Dios á quien ellos adoran, é quieren mucho, é por habello de nosotros para lo adorar nos trabajan de sojuzgar, é nos matan. Tenia cabe sí una cestilla llena de oro en joyas, é dijo véis aquí el Dios de los cristianos, hagámasle si os parece areites (que son bailes y danzas), é quizá le agradaremos, y les mandará que no nos hagan mal. Digeron todos á voces, bien es, bien es. Bailaronle delante hasta que todos se cansaron. Y después dice el Señor Hatuey, mira como quiera que sea, si lo guardamos para sacárnoslo: al fin nos han de matar, echámoslo en este río. Todos votaron que así se hiciese, é así lo echaron en un río grande que allí estaba.

Este Cacique y señor anduvo siempre huyendo de los cristianos desde que llegaron á aquella isla de Cuba, como quien los conocia é defendiase cuando los topaba y al fin lo prendieron. Y solo porque huya de gente tan inicua é cruel, y se defendia de quien lo queria matar é oprimir hasta la muerte, así é á toda su gente, y generacion lo hubieron vivo de quemar. Atado al palo deciale un religioso de San Francisco, santo varon que allí estaba, algunas cosas de Dios y de nuestra fé, el cual nunca las habia jamas oido, lo que podia bastar aquel poquillo tiempo que los verdugos le daban; y que si queria creer aquello que le decia, que iria al cielo, donde habia gloria y eterno descanso, é sino que habia de ir al infierno á padecer perpetuos tormentos y penas. El pensando un poco preguntó al religioso si iban cristianos al cielo.

El religioso le respondió que sí, pero que iban los que eran buenos. Dijo luego el Cacique sin mas pensar, que no queria é ir allá sino al infierno, por no estar donde estuviesen, y por no ver tan cruel gente. Esta es la fama y honra que Dios, é nuestra fe ha ganado con los cristianos que han ido á las Indias.

Sigue refiriendo de otros países semejantes atrocidades: no nombra á los Gobernadores ó tiranos, pero el Consejo de Indias los conocia muy bien. Y continúa:

En tres ó cuatro meses, estando yo presente, murieron de hambre por lleballes los padres y las madres á las minas, mas de siete mil niños. Otras cosas vide espantables.

Mandaba, ó los ladrones que enviaba lo hacian cuando acordaban de ir á saltar, é robar algun pueblo de que tenian noticia tener oro, estando los indios en sus pueblos, é casas seguros; iban de noche los tristes Españoles salteadores hasta media legua del pueblo, é allí aquella noche entre sí mismos apregonaban ó leían el dicho requerimento, diciendo: Cacique é indios desta tierra firme, de tal pueblo, hacemos saber que hay un Dios, é un Papa y un rey de Castilla que es Señor de estas tierras: venid luego á le dar la obediencia, etc. Y si no sabed que os harémos guerra, é matarémos é captivarémos, etc. Y al cuarto del alva estando los inocentes durmiendo con sus mujeres é hijos, daban en el pueblo poniendo fuego á las casas, que comunmente eran de paja, é quemaban vivos los niños é mujeres, y muchos de los demas antes que acordasen: mataban los que querian, é los que tomaban á vida mataban á tormentos; porque digesen de otros pueblos de oro, ó de mas oro de lo que allí hallaban, é los que restaban, herrábanlos por esclavos: iban después acabado, ó apagado el fuego á buscar el oro que habia en las casas.

Embiaba Españoles á hacer entradas, é ir á saltar indios á otras Provincias, é dejaba llevar á los salteadores cuantos indios querian de los pueblos pacíficos é que les servían. Los cuales echaban en cadenas porque no les dejasen las cargas de tres arrobas que les echaban acuestas. Y acació vez de muchas que esto hizo que de cuatro mil indios no volvieron seis vivos á sus casas, que todos los dejaban muertos por los caminos. E cuando algunos cansaban é se despeaban de las grandes cargas y enfermaban de hambre, é trabajo y flaqueza, por no desensartarlos de las cadenas les cortaban por la collera la cabeza, é caía la cabeza, á un cabo y el cuerpo al otro. Véase que sentirian los otros.

Una vez quiso hacer nuevo repartimiento de los indios; porque se le antojó (y aun dicen que por quitar los indios á quien no queria bien é dallos á quien le parecia); y fué causa que los indios no sembrasen una sementera: é como no hubo pan, los Cristianos tomaron á los Indios cuanto maiz tenían para mantener á sí, é á sus hijos, por lo cual murieron de hambre mas de veinte ó treinta mil ánimas, é acació mujer matar á su hijo para comello de hambre.

En la Nueva España entre otras matanzas hicieron esta una en ciudad grande de mas de treinta mil vecinos que se llama Cholula, que saliendo á recibir todos los Señores de la tierra, é comarca, é primero todos los sacerdotes con el sacerdote mayor á los Cristianos en procesion y con grande acatamiento é reverencia, y llevándolos en medio á aposentar á la ciudad y á las casas de aposentos del Señor, ó señores della principales. Acordaron los Españoles de hacer allí una matanza ó castigo (como ellos dicen), para poner y sembrar su temor é braveza en todos los rincones de aquellas tierras. Porque siempre fué esta su determinacion en todas las tierras que los Españoles han entrado (conviene á saber), hacer una cruel é señalada matanza, porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas. Así que enviaron para esto primero á llamar todos los señores é nobles de la ciudad, é de todos los lugares á ella sugetos con el señor principal; é así como venian y entraban á hablar al capitán de los Españoles, luego eran presos sin que nadie los sintiese que pudiese llevar las nuevas. Habíanles pedido cinco ó seis mil indios que les llebasen las cargas: viniéron todos luego, é métenlos en el patio de las casas.

Ver á estos indios cuando se aparejan para llevar las cargas de los Españoles, es haber de ellos una gran compasion y lástima. Porque vienen desnudos, en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, é con unas redicillas en el hombro con su pobre comida: pónense todos en cuclillas como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados é juntos en el patio con otras gentes que á bueltas estaban, pónense á las puertas del patio Españoles armados que guardasen, y todos los demas echan mano á sus espadas, y meten á espadas y á lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. Á cabo de dos ó tres dias salian muchos indios vivos llenos de sangre, que se habian escondido, é amparado debajo de los muertos (como eran tantos), iban llorando ante los Españoles, pidiendo misericordia que no los matasen. De los cuales ninguna misericordia, ni compasion hubieron; antes así como salian los hacian pedazos. Á todos los señores, que eran mas de ciento, y que tenian atados, mandó el capitán quemar, é sacar vivos en palos hincados en la tierra.

Porque el Reino de Yucatan no tiene oro, porque si lo tubiera, por sacallo en las minas los acabara; pero por hacer oro de los cuerpos y de las ánimas de aquellos por quien Jesucristo murió, hace abarrisco todos los que no mataba esclavos, é á muchos navios que venian al olor, y fama de los esclavos enviaba llenos de gentes vendidas por vino y aceite, y vinagre y por tocinos, é por vestidos, y por caballos, é por lo que él y ellos habian menester según su juicio y estima. Daba á escoger entre cincuenta y cien doncellas, una de mejor parecer que otra, cada uno la que escogiese por una arroba de vino, ó de aceite ó vinagre ó por un tocino: é lo mesmo un muchacho bien dispuesto entre ciento doscientos escogido por otro tanto. Y acació dar un muchacho, que parecia hijo de un príncipe por un queso, é cien personas por un caballo.

Cuando se salian los Españoles de aquel Reino, dijo uno á un hijo de un Señor de cierto pueblo, ó provincia que se fuese con él: dijo el niño que no queria dejar su tierra. Responde el Español, vente conmigo, sino cortarte las orejas, dice el muchacho que no. Saca un puñal, é cortale una oreja y después la otra. Y diciéndole el muchacho que no queria dejar su tierra, cortale las narices, riendo, y como si le diera un repelón no mas.

Este hombre perdido se loó, é jactó delante de un venerable religioso desvergonzadamente diciendo: que trabajaba cuanto podia por empreñar muchas mujeres indias, para que vendiéndolas preñadas por esclavas, le diesen mas precio de dinero por ellas.

En este Reino ó en una provincia de la Nueva España, yendo cierto Español con sus perros á caza de venados ó de conejos, un día, no hallando que cazar, parecióle que tenian hambre los perros, y toma un muchacho chiquito á su madre, é con un puñal córtale á tarazonas los brazos y las piernas dando á cada perro su parte; y después de comidos aquellos tarazonas, échales todo el cuerpecito en el suelo á todos juntos.

Es esta averiguada verdad, que nunca traen navío cargado de indios, así robados, é exaltados como he dicho, que no echan á la mar muertos la tercera parte de los que meten dentro con los que matan por tomallos en sus tierras. La causa es, porque como para conseguir su fin, es menester mucha gente para sacar mas dineros por mas esclavos, é no llevan comida, ni agua, sino poca por no gastar los tiranos, que se llaman armadores, no basta apénas sino poco mas de para los Españoles que van en el navío para saltar, y así falta para los tristes, por lo cual mueren de hambre y sed, y el remedio es dar con ellos en la mar. Y en verdad que me dijo hombre de ellos, que desde las islas de los Lucayos, donde se hicieron grandes estragos desta manera, hasta la isla Española, que son sesenta ó setenta leguas, fuera un navío sin

aguja, é sin carta de marear, guiándose solamente por el rastro de los indios, que quedaban en la mar echados del navío muerto.

Después que los desembarcan en la isla donde los llevan á vender, es para quebrar el corazón de cualquiera que alguna señal de piedad tuviere, verlos desnudos y hambrientos que se caían de desmayados de hambre niños y viejos, hombres y mujeres. Después como á unos corderos los apartan padres de hijos, é mujeres de maridos, haciendo manadas de ellos de á diez y de á veinte personas y hecha suerte sobre ellos, para que lleven sus partes los infelices armadores, que son los que ponen su parte de dineros para hacer el armada de dos y de tres navios, é para los tiranos salteadores que van á tomallos, salteallos en sus casas. Y cuando cae la suerte en la manada donde hay algun viejo ó enfermo, dice el tirano á quien cabe, este viejo, dadlo al diablo, ¿para qué me lo dais, para que lo entierre? Este enfermo, ¿para qué lo tengo de llevar, para curallo? Véase aquí en qué estiman los Españoles á los indios, é si cumplen el precepto divino del amor del prójimo; donde pende la ley, é los profetas.

La tiranía que los Españoles ejercitan contra los indios en el sacar ó pescar de las perlas es una de las crueles é condenadas cosas que pueden ser en el mundo. No hay vida infernal y desesperada en este siglo que se la pueda comparar, aunque la del sacar el oro en las minas sea en su género gravísima y pésima. Métenlos en la mar en tres, y en cuatro y cinco brazas de hondo desde la mañana hasta que se pone el sol; están siempre debajo del agua nadando sin resuello, arrancando las ostras donde se crían las perlas. Salen con unas redcillas llenas dellas á lo alto y á resollar, donde está un verdugo español en una canoa ó barquillo é si se tardan en descansar les da de puñadas, y por los cabellos los echa al agua para que tornen á pescar. La comida es pescado, y del pescado que tiene las perlas, é pan cazabi é algunos maíz (que son los panes de allá), el uno de muy poca sustancia y el otro muy trabajoso de hacer, de los cuales nunca se hartan. Las camas que les dan á la noche es echillos en un cepo en el suelo porque no se les vayan. Muchas veces zambullense en la mar á su pesquería ó ejercicio de las perlas é nunca tornan á salir (porque los tiburones é marrajos que son dos especies de bestias marinas cruelesísimas que tragan un hombre entero los comen y matan). En este incomportable trabajo, ó por mejor decir, ejercicio del infierno acabaron de consumir á todos los indios Lucayos que había en las islas cuando cayeron los Españoles en esta grangería: é valia cada uno cincuenta y cien castellanos y los vendían públicamente, aun habiendo sido prohibido por las justicias mismas aunque injustas por otra parte, porque los Lucayos eran grandes nadadores. Han muerto también allí otros muchos, sin número de otras provincias y partes.

Otra cosa es bien añadir que hasta hoy desde sus principios no se ha tenido mas cuidado por los Españoles de procurar que les fuese predicada la fe de Jesucristo á aquellas gentes que si fueran perros, ó otras bestias; antes han prohibido de principal intento á los religiosos con muchas aflicciones y persecuciones que les han causado que no les predicasen; porque les parecia que era impedimento para adquirir el oro é riquezas que les prometian sus codicias. Y hoy en todas las Indias no hay mas conocimiento de Dios si es de palo, ó de cielo, ó de tierra, que hoy há cien años entre aquellas gentes, si no es en la Nueva España donde han andado religiosos, que es un rinconcillo muy chico de las Indias, é así han perecido, y perecen todos sin fe é sin sacramentos. »

En un documento sobre los esclavos (\*), que escribió

(\*) Los párrafos que cita el autor corresponden á un escrito

el mismo Las Casas de orden del real consejo de Indias, entre otras cosas se lee:

« Otros despues de hechas las crueles é injustas guerras, y repartidos todos los pueblos de los indios entre sí (que es por lo que siempre rabian), la primera de las tiranías é iniquidades era esta que ellos excitaban. Decían á los caciques y señores de los pueblos: Habéisme de dar de tributo tantos tejuelos ó marcos de oro, cada sesenta, setenta ú ochenta dias, y esto que fuese tierra de oro ó que no lo fuese. Decían los caciques: Daros hemos lo que tuviéremos, y traíanles todo lo que podían por el pueblo arañar. Respondían los Españoles: Sois unos perros, y habéisme de dar el oro que pido, sino yo os tengo de quemar. Respondían los desventurados. No tenemos mas porque no se coge en esta tierra oro. Sobre esto les daban doscientos palos. Después con grandes amenazas que les hacían, y con asomallos los perros bravos ó acometer que los querían quemar, los construían á que les diesen cada sesenta ó setenta ú ochenta dias, cincuenta ó sesenta esclavos. Ibase de miedo el cacique por el pueblo é pueblos, si era señor de muchos, y tomaba á quien tenia dos hijos uno, y á quien tres hijas las dos, y á todos los que eran huérfanos, y no tenían quien volviese por ellos desamparados; y juntaban su número y no de los mas feos, ni dispuestos, sino escogidos como se lo mandaban, y de tal estatura como le daba el Español una vara, y entregábaselos diciendo: *ves aquí tu tributo de esclavos.* »

Los clamores y llantos que los padres y las madres hacían por el pueblo de ver llevar sus hijos á vender, y donde sabían que poco había de durar, ¿quién podrá encarecellos ni contallos? Mandaba el Español al cacique que dijese á los indios, que cuando los llevasen á examinar para herrallas, que confesasen que eran esclavos y hijos de esclavos, é que en tantas ferias ó mercados habían sido vendidos y comprados, y que si no que le había de quemar. El cacique de miedo tenia harto cuidado desto, y los indios de obedecelles, aunque los hubiesen de hacer pedazos. Y acacia así como llegaban los indios un tiro de piedra de donde los habían de examinar, comenzaban á dar voces, diciendo: *Yo soy esclavo y hijo de esclavo, y en tantos mercados he sido comprado y vendido por esclavo.* Preguntábele el hombre perdido del examinador porque también este robaba, y sabía las maldades con que estos inocentes eran así traídos y fatigados, ¿de dónde eres tú? Respondía el indio: *Yo soy esclavo y hijo de esclavo y en tantos mercados vendido y comprado por esclavo.* Mire aquí vuestra Alteza cómo venían también enseñados. Finalmente asentábalo así el escribano y con esta examinación y justicia, con el hierro del rey los herraban. Todas estas infernales cautelas y fraudes sabían y veían los Gobernadores y Oficiales de Su Majestad, y ellos mismos eran los inventores primeros, y los que en ello tenían parte, y que mas inicua y cruelmente lo hacían en los pueblos que para sí aplicaban, como tenían mayor poder y licencia, y ménos cuidado de sus almas. Y Gobernador hubo que de una parada jugó quinientos indios, que se escogiesen en el pueblo que él señalaba, y que los tomasen por esclavos. Y esto se debe tener por verdad, como abajo diré mas largo, que entre los indios había (ya que hubiese algunos) muy poquitos esclavos. Otro gobernador ó por mejor

que presentó el obispo al real consejo de Indias sobre la situación de los esclavos en América, el cual se resume en la conclusión siguiente con que le encabeza: « Todos los Indios que se han hecho esclavos en las Indias del Mar Océano, desde que se descubrieron hasta hoy, han sido injustamente hechos esclavos; y los Españoles poseen á los que hoy son vivos por la mayor parte con mala conciencia, aunque sean de los que hubieron de los Indios. »

(N. del T.)

decir destruidor de hombres, tirano, estando en Méjico, doscientas leguas de su gobernación, jugaba doscientos y trescientos, y cuatrocientos esclavos; y enviaba á mandar al tirano que tenia en su lugar, puesto por tiniente, dándole prisa que le enviase tantos cientos de esclavos, porque tenia necesidad de pagar dineros que le habían prestado. Este mismo estando en su reinado, porque ni aun al rey conocía (y estuvo siete años que nunca hizo entender á los indios que había otro rey ni señor en el mundo sino él, hasta que á aquella provincia fueron frailes), juntaba trescientos y aun cuatrocientos y quinientos muchachos y muchachas, tomados de los pueblos los mas dispuestos que en ellos hallaba, y decía á los marineros y mercaderes que á aquel puerto donde él estaba venían, y andaban á este trato: *Escoged destas doncellas y destos muchachos; mira cuan hermosos son á arroba de aceite, ó de vino, ó de tocino, ó así á otras cosas de poca valía se los daba.* Y desta manera fueron muchos los navios que destos corderos cargaban. Y acació por una yegua dar ochenta ánimas racionales, y ciento por un harto astroso caballo. »

(L) pág. 722

#### LAS PIRÁMIDES MEJICANAS.

Entre la multitud de pueblos que desde el siglo VII al XII de nuestra era aparecieron sucesivamente en el territorio mejicano, se cuentan cinco, los Toltecas, los Sisimecas, los Acolhuos, los Trascaltecas y los Aztecas, los cuales á pesar de sus divisiones políticas hablaban una misma lengua, tenían un mismo culto, y construían edificios piramidales, que miraban como otros tantos *teocales*, es decir, casas de sus dioses. Estos edificios, aunque de muy diferentes dimensiones tenían todos la misma forma; y eran pirámides de diversos pisos, con los lados colocados exactamente en la dirección del meridiano y paralelo del sitio en que estaban. El teocal se elevaba en medio de un vasto recinto cuadrado, que puede compararse al *períbolos* de los Griegos, cercándole de jardines, fuentes y habitaciones para los sacerdotes, y algunas veces arsenales de armas, porque cada templo de un dios mejicano como el antiguo de Baal Berith, quemado por Abimelec, era una plaza fuerte. Una ancha escalera conducía á la cima de la pirámide truncada, en cuya plataforma había una ó dos capillas en figura de torre, que encerraban los ídolos colosales de la divinidad á que estaba dedicado el teocal. Esta parte del edificio debe mirarse como la mas esencial, y es la *vao* ó mas bien el *σῆκος* de los templos griegos. Allí mantenían los sacerdotes el fuego sagrado; y la disposición del edificio permitía al sacrificador ser visto de todo el pueblo estando en el templo. Desde muy lejos se veía la procesion de los *teopixques*, que bajaba ó subía la escalera de la pirámide. Lo interior del edificio servía de sepultura á los reyes y á los principales Mejicanos. Es imposible leer la descripción que dejaron Herodoto y Diodoro de Sicilia del templo de Júpiter Belo, sin admirar su semejanza con los teocales de Anahuac.

Quando los Mejicanos y los Aztecas, una de las siete tribus de los Anahuatlacos (pueblos de la costa), llegaron en 1190 al país equinoccial de la Nueva España, encontraron ya allí los monumentos piramidales de Teotihuacan, de Cholula y de Papantla, y los atribuyeron á los Toltecas, nación culta y poderosa, que habitaba en Méjico 500 años antes, usaba la escritura jeroglífica, y tenía un año y una cronología mas exacta que la mayor parte de los pueblos del antiguo continente. Los Aztecas no sabían con seguridad si habían habitado otras tribus antes que los Toltecas el país de Anahuac; pero considerando estos templos de Teotihuacan y Cholula como obra de este último pueblo,

le daban la mas remota antigüedad de que podían tener idea; y no sería imposible que hubiesen sido construidas antes de la invasion de los Toltecas, es decir, antes del año 648 de la era vulgar. No debemos extrañar que no principie la historia de ningún pueblo americano antes del siglo VII; ni de que la de los Toltecas sea tan incierta como la de los Pelasgos y de los Ausonios. El doctísimo Schlözer demostró hasta la evidencia, que la historia del Septentrion de Europa no se remonta mas allá del siglo X; época en que la llanura mejicana presentaba ya una cultura mucho mas avanzada que Dinamarca, Suecia y Rusia.

El teocal de Méjico estaba dedicado á Tezcatlipoca, primera divinidad azteca, despues de Teotl, que es el Ser Supremo é invisible, y á Huitzilopochtli, dios de la guerra; fué construido por los Aztecas segun el modelo de las pirámides de Teotihuacan, solamente seis años antes del descubrimiento de Cristóbal Colon. Esta pirámide truncada, llamada por Cortés el templo principal, tenía en su base 97 metros de longitud y cerca de 54 de altura. No es extraño que un edificio de tales dimensiones pudiese ser destruido pocos años despues del sitio de Méjico, cuando en Egipto casi queda algun vestigio de las enormes pirámides que se alzaban en medio de las aguas del lago Meris, que segun Herodoto estaban adornadas de estatuas colosales, y cuando desaparecieron en Etruria las pirámides de Porsena, cuya descripción parece fabulosa, y de las cuales cuatro, segun Varron, tenían mas de 8) metros de altura (1).

Peró si los conquistadores europeos destruyeron los teocales de los Aztecas, no consiguieron destruir igualmente los monumentos mas antiguos, que se atribuyen á la nación tolteca. Describiremos sucintamente estos monumentos, notables por su forma y su magnitud.

El grupo de las pirámides de Teotihuacan se encuentra en el valle de Méjico, ocho leguas al Nordeste de la capital, en un llano que toma el nombre de Micoatl ó Camino de los Muertos. Allí se ven todavía dos grandes pirámides (2), dedicadas al Sol (*Tonatiuh*) y á la Luna (*Meztlitli*), rodeadas de centenares de pequeñas pirámides, que forman dos calles exactamente divididas de Norte á Sur, y de Este á Oeste. Uno de los dos grandes teocales tiene 55 metros de altura perpendicular, y el otro 44; la base del primero tiene 208 metros de longitud, de donde resulta que el Tonatiuh Iztacual, segun la medida del señor Oteyza, hecha en 1803, es mas alto que el Micerino, esto es, la tercera de las tres grandes pirámides de Egipto, y que la longitud de su base es casi la del Chefrén. Las pequeñas pirámides que circuyen los grandes templos de la Luna y el Sol, que apenas tiene nueve metros de altura, segun la tradicion de los indigenas, servian de sepultura á los jefes de la tribu. Alrededor de las pirámides de Cheaps y de Micerino en Egipto, se distinguen también ocho pequeñas pirámides, colocadas con simetria paralelamente á los frentes de las grandes. Los dos teocales de Teotihuacan tenían cuatro escaleras principales, cada una de las cuales se subdividia en pequeñas gradas, cuyos ángulos se descubren todavía. Su núcleo es de barro mezclado de *tezontli*, ó amigdalóide porosa. Esta construcción recuerda una de las pirámides egipcias de Sakara, que tiene seis cuerpos, y que segun Pococke (3) es una reunion de guijarros y de argamasa amarilla, cubierto por fuera de piedras rústicas.

Sobre los grandes teocales mejicanos se encontraban dos estatuas colosales del Sol y de la Luna de piedra, cubiertas con láminas de oro, las cuales se llevaron los soldados de Cortés. Cuando el obispo Zumarraya,

(1) PLINIO, XXVI. 49.

(2) *Eclaircissements de M. LANCELÉS, au voyage de Norden.*

(3) *Voyage*, edic. de Neuchâtel, 1751, t. I, p. 147.